

der, enseñar, saber, escribir. Otras hay en gran número que los unos no tomaron de los otros, sino que todas las sacaron de una fuente común. Como todavía no se han determinado los fundamentos de las relaciones fonéticas de ambos idiomas, no puede hacerse ninguna comparación sobre una firme base científica. Pero en tesis general podemos admitir que el idioma bosquimán no es más afín del hotentote que el inglés lo es del latino, y aun podría muy bien ser que la distancia que entre aquéllos media fuera mayor que la que á éstos separa.»

Dada la oscuridad en que hoy todavía está envuelto el idioma bosquimán, hemos de limitarnos á caracterizar las más importantes particularidades del de los hotentotes. Ante todo, éste, contra lo que vemos en el de sus negros vecinos, es en alto grado dado á los sufixos, es decir, que coloca los sonidos marcados al final de la palabra radical; así, por ejemplo, de la palabra *Koi* persona, se forman *Koib* hombre, *Kois* mujer, *Koigu* hombres, *Koitu* mujeres, *Koin* gente, *hoi-si* amable. La segunda particularidad, que la distingue por igual concepto de los demás idiomas, es la separación de géneros, cosa á la cual han dado gran importancia los filólogos, puesto que, con insignificantes excepciones, sólo la encontramos en tres familias de idiomas, la de los hamitas, la de los semitas y la de los arios, es decir, en aquellas que, en opinión de Lepsius, son las únicas que poseen fuerza interna para crear una historia humana: éstas atendían de tal manera á la separación y contraposición de sexos que acabaron por hacerlos extensivos desde las personas á todos los objetos de la naturaleza que les rodeaban. Quizás es más claro y comprensible lo que dice Bleek de que las naciones que hablan idiomas en los cuales aparecen los géneros separados, poseen en más alto grado una concepción poética ó poetizadora, puesto que al hacer extensiva la diferencia que entre los seres humanos y entre los animales existe á los objetos inanimados, crean personificaciones que luego son base de la mitología y de otras creaciones poéticas. Para demostrar la eficacia de este misterioso agente, cita el antagonismo que existe entre el carácter personificador de la literatura popular de los hotentotes, que se inclina á las fábulas y á los cuentos, y la de los negros que reviste un carácter épico, histórico ó semi-histórico.

Esta distinción gramatical de géneros, tan sorprendente en todos los casos, — lo cual puede pensarse también de sus fundamentos, — la encontramos en el idioma hotentote de la misma manera que en los idiomas kuschíticos de los pueblos bedjas del Nilo central. Debemos, además, hacer notar como otro rasgo característico, la falta de armonía fonética, de preposiciones (que son sustituidas por postposiciones) y de prefijos nominales. Estos elementos que en ese idioma faltan son peculiares del de los bantús. Lo que da á la lengua hotentote cierto carácter extranjero son las voces castañeteadas que, como en ella, aunque en mayor número, aparecen únicamente en los idiomas bosquimanos. Teófilo Hahn consigna las cuatro voces castañeteadas del lenguaje hotentote: «1.ª La voz ó el sonido dental que se produce apretando la lengua contra los dientes anteriores y retirándola en una inspiración. El sonido que así se produce puede compararse con el sonido que tiene algo de beso y que se obtiene cuando se besa á uno «con los labios contraídos y en punta.» 2.ª El sonido paladial se produce aplicando la lengua un poco más arriba de los dientes anteriores, en la parte anterior del paladar, como si se quisiera pronunciar una *d* y retirándola luego con una inspiración: el ruido así producido se parece mucho al golpe de un pico de ave en un árbol. 3.ª El sonido cerebral se produce apli-

cando la lengua contra la cavidad central del paladar, es decir, aproximadamente en el sitio en que se coloca para pronunciar la *h*, y retirándola hacia dentro, al mismo tiempo que se hace una inspiración, obteniéndose de esta suerte un sonido parecido al de una botella de Champagne al saltar su tapón. 4.ª El castañeteo lateral es imposible de describir: prodúcese por medio de la lengua, de los dientes laterales, del paladar y de la inspiración del aire. Acústicamente, ese sonido se parece al del beso y al graznido de los patos y los ánades cuando se mueven dentro de un charco. Esta descripción en materia tan difícil es la más comprensible que conocemos, y aun el autor de la misma cree necesario añadir: «La anterior descripción y explicación del castañeteo es muy incompleta, siendo, á mi modo de ver, imposible describirlo de manera que un extranjero pueda hacerse perfectamente cargo de ello.» De esto puede deducirse cuántas dificultades ofrece el aprender estos idiomas. Algunos han sostenido que únicamente los órganos fonéticos de los hotentotes pueden producir estos sonidos, pero tal afirmación queda destruída por el hecho de que no pocos europeos han llegado á dominar uno ú otro de los varios idiomas hotentotes; por consiguiente pecan de exagerados los que atribuyen á tales lenguas un carácter fonético puramente animal. En las antiguas descripciones de viajes, era cosa muy común comparar el idioma de los hotentotes con el graznido de los pavos. Böving se acerca más á la verdad cuando compara «sus conversaciones con las de los judíos.» Estos castañeteos pueden producirse delante de todas las vocales, y en cuanto á las consonantes sólo delante de la dental *n*, de la faucial *h*, de las guturales *g*, *k*, *x*, *n* y de las faucial-guturales *kh*, y *hx*.

Además de las voces castañeteadas del idioma hotentote propiamente dicho, encontramos en el de los bosquimanos ó *san*, por lo menos otras tres de la misma clase y aun cuando también vemos algunas de ellas en otros idiomas africanos, esta riqueza en el desenvolvimiento de los mismos constituye una de las particularidades notables que sólo son propias de esos dos pueblos, el bosquimán y el hotentote. También tienen éstos la entonación, es decir, la posibilidad de pronunciar con distintos tonos palabras de la misma raíz, haciendo con ello cambiar su significación; pero esta particularidad la ofrecen asimismo los idiomas de sus vecinos de color más oscuro.

Por medio de analogías etnográficas se ha querido reforzar la semejanza que tiene el hotentote con los idiomas norte-africanos y sobre todo con los que admiten la distinción de géneros. De entre ellos sólo mencionaremos el hecho de que en las creencias y supersticiones hotentotes, por muchos que sean los elementos cafres que en ellas hayan entrado, aparece tan clara la adoración de la luna, que en ella puede reconocerse una diferencia con los presentimientos y los espíritus que forman parte de las creencias de los pueblos cafres. Sin embargo, la adoración de la luna la encontramos, bien que algo más debilitada, en casi todos los pueblos negros que conocemos. Tampoco hay que dar mayor importancia al hecho de que entre los hotentotes las mujeres cuiden de ordeñar las vacas, mientras que entre los vecinos cafres esta ocupación no sólo corresponde tradicionalmente á los hombres, sino que está, además, terminantemente prohibido á las mujeres penetrar en el kral del ganado. Todo lo más que de esto podría deducirse es que cada uno de esos pueblos ha tomado la ganadería de una fuente distinta. Los ganaderos norte-africanos hacen lo mismo que los hotentotes. En cambio, nos parece desdichada la idea de querer aducir como prueba un producto tan espontáneo del alma humana como la poesía, tal como lo hace Bleek al

querer ver una analogía entre la poesía hotentote y la poesía judaica del Antiguo Testamento, fundándola en la preponderancia del paralelismo, que, por lo demás, encontramos en las poesías de todos los pueblos. Un instinto poético como el que da origen á esta tendencia, es indudablemente el punto de apoyo menos seguro para una especulación etnográfica.

Tampoco podemos dar importancia á las tradiciones indígenas entre los beshuanos acerca de una emigración de sus vecinos de color más claro, que se establecieron en aquel país procedentes del Este. ¡Quién sabe á qué fragmento de este pueblo puede referirse esta tradición, caso de que sea fundada! En cambio, merece llamar la atención la escasa fuerza de resistencia de los hotentotes — tantas veces mencionada — contra el clima ardiente y húmedo del África central. Parece que la poca perseverancia — por todos reconocida — de estos amarillos sud-africanos y especialmente de la rama hotentote de los mismos, se adapta mejor al clima más fresco del Sud y viene, por ende, en apoyo de los que creen que aquéllos hace miles de años que habitan en aquellas partes más templadas. Otras circunstancias merecen también ser tenidas en consideración. El país septentrional de los namaquías abarca, en sus territorios desiertos, la parte más cálida de África, y á pesar de esto los hotentotes soportan allí el calor tan bien como los negros. Los hotentotes, como los damaras, que prosperan en el clima más fresco de las mesetas, se echan á menudo sobre la ardiente arena con la cara vuelta hacia el sol. «Estoy convencido — dice Chapman — de que un europeo que permaneciera diez minutos en esta posición se vería atacado de insolación.» El sistema usual de alimentación de los hotentotes es quizás más desfavorable que el de ningún otro pueblo africano, como lo hace notar Livingstone cuando dice que los griquías y los hotentotes, á causa de su alimentación más nutritiva, — pues se alimentan de carne — son los menos á propósito para habitar las comarcas de los Trópicos tan favorables al desarrollo de las fiebres. Probablemente el uso de los manjares grasosos les perjudica notablemente bajo este concepto.

Si resumimos todo lo que puede decirse acerca de las relaciones de los sud-africanos de color claro entre sí y con los demás pueblos de esta parte del mundo, veremos que la semejanza corporal entre ellos aparece fuera de toda duda, al paso que la analogía entre sus idiomas se presenta todavía muy dudosa. Algunos hechos demuestran la existencia de otras más marcadas relaciones entre aquéllos y los norte-africanos de color claro, que entre ellos y los negros interpuestos entre unos y otros; pero todo esto, no son, por ahora, más que simples hipótesis que la ciencia ha de fijar más positivamente. No creemos tomar una falsa senda admitiendo con Teófilo Hahn un pueblo primitivo bosquimán-hotentote, que, hasta la época en que comenzaron las inmigraciones de los cafres del Norte, ocupó una gran parte del Sud de África, y quizás todo, hasta el Zambezé y el Cunene, y en el seno del cual habíase realizado, mucho antes de este punto capital de la historia sud-africana, la separación de las dos ramas (hotentotes y bosquimanos) en que hoy lo encontramos dividido. Los ulteriores descubrimientos de pueblos pequeños de color claro y parecidos á los bosquimanos existentes en el interior de África, quizás obliguen á ensanchar más hacia el Norte las fronteras que á estas tribus de color claro se han trazado y hagan verosímil la antigua unión de los mismos y la existencia de un pueblo africano primitivo, como sucedió á consecuencia de las noticias relativas á la existencia en el Sudán y en el Mar Rojo de trogloditas de color claro que habitaban en cavernas y de los cuales eran desconocidos los animales domésticos y agrícolas. La emi-

gración de los cafres hacia el Sud, que avanzó más en el lado Este que en el Oeste y que se prosiguió, sin resistencia de los europeos con los cuales se encontraron aquéllos en 1654, hasta el extremo meridional de esa parte del mundo, hubo de realizarse indudablemente de tal suerte que permitió el cambio mutuo de ideas, de conocimientos y de usos, y también hasta cierto punto las mezclas de sangre: los hotentotes son los que más han sentido estas influencias. Todos los trabajos realizados en el trascurso de dos siglos nos han hecho volver felizmente á la opinión con que Pedro Kolb termina su discusión sobre las semejanzas entre los hotentotes por un lado y los judíos y trogloditas de la antigüedad por otro: «Me parece que todos éstos son pueblos africanos primitivos que — por lo mismo que siempre eran arrojados de sus residencias y cada vez más alejados de las que originariamente tuvieron — se unieron así á los judíos que allí habían ido á parar como á otros pueblos africanos, especialmente los cartagineses, y acabaron por dirigirse á este extremo del país, estableciéndose en él y agrupándose familiarmente. Y como se habían reunido tantas naciones, cada una tomó algo de las demás y olvidó sus usos particulares, creándose desde entonces entre ellos un estado de confusión.»

CAPÍTULO III

LOS BOSQUIMANOS (1)

«El bosquimán es el hijo infortunado del momento.»

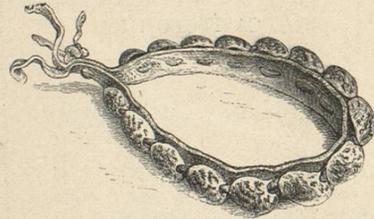
G. FRITSCH

Estructura corporal. — Aptitudes. — Vida errante. — Crueldad y valor. — Vestido y adornos. — Armas. — Viviendas. — Utensilios. — Artes y habilidades. — Vida de familia. — Relaciones políticas. — Ideas religiosas. — Sistema de enterramientos. — Leyendas é historias de animales.

Considerado el bosquimán exteriormente, lo que más llama en él la atención es su pequeña estatura: G. Fritsch encontró como talla media de seis hombres desarrollados 144'4 centímetros, y de tres hotentotes-bosquimanos completamente formados 140'2 centímetros. Las excepciones que constituyen algunos individuos parecen ser menores que en otras razas más altas. Otras mediciones que de

(1) El nombre, hoy generalizado de «bosquimán», que los franceses é ingleses usan también en las formas de *boschiman* y *bosjesman*, se lo dieron á ese pueblo los colonos. No necesita explicación alguna, pero no estará de más hacer notar que este nombre genérico ha sido por los ingleses aplicado á algunas tribus negras, por ejemplo de la costa occidental, que nada que ver tienen con estos bosquimanos. Estos se llaman á sí mismos *san*, plural de *sab*, y *sagua*: acerca del significado de estas palabras, no se tiene un conocimiento positivo. Th. Hahn cita dos interpretaciones que le parecen aceptables: «La significación que nos parece más aproximada es la de parias, abyectos, perseguidos; significación confirmada por los hechos. Otra interpretación hace derivar aquella palabra de *san*, seguir, según la cual vendrían aquéllos á ser siervos, súbditos.» Wallmann, antiguo inspector de la misión rhena y luego de la berlina, pretende que *sab* deriva de la raíz *sa*, descansar, y hace, en su consecuencia, de ellos «los (originariamente) sedentarios.» Las denominaciones derivadas como *sonquías*, *saunquías*, etc., las encontramos en antiguos documentos del país del Cabo, pero fueron cediendo cada vez más el paso á la de «buschmanos», es decir bosquimanos. En una relación oficial de 1685, se dice, por ejemplo, que el capitán Glaas, caudillo hotentote, se encontraba en guerra con los «sonjuas, generalmente llamados bosjesmanes.» Los cafres, al ponerse en contacto con ellos, los llaman abatoas, hombres del arco, denominación que se explica por el hecho de ser el arco para los bosquimanos, no sólo la principal arma, si que también la más temible por sus aceradas y envenenadas flechas: los cafres que combaten con la lanza, con la maza y el escudo, y los hotentotes, temen más este arco que los fusiles de los boers.

ellos se han hecho, todavía dan resultados más bajos (Barrow y Burchell 137'1, Lichtenstein 121'9 y Vincent 130 centímetros). Es muy notable el hecho de no existir diferencia entre la estatura de los hombres y la de las mujeres. Fritsch midió á cinco mujeres bosquimanas, y la estatura media resultó ser de 144'8 centímetros, es decir, algo más que la de los hombres (Barrow 121'9, Martín 139'5, Cuvier 144'2 centímetros). Es muy raro que mientras los bosquimanos son más pequeños que los hotentotes, sus mujeres apenas se diferencian de las de éstos en estatura. La penosa impresión que estas figuras enanas producen, aumenta con la elasticidad proporcional y con la flaqueza extremada de sus miembros. Los niños son ya desde que nacen, ó inmediatamente después, flacos, elásticos y angulosos, y no presentan la plenitud de formas que es propia de la niñez. La gordura, sólo á modo de excepción, aparece en algunos hombres, y la grasa de la piel es muy poca en ambos sexos, razón por la cual esta piel tiene el aspecto de cuero seco comparable con el marroquí curtido, con tanta más razón cuanto que el resto de su organismo deja ver una textura irregular y agrietada. En aquellos sitios en que la piel presenta una tensión temporal, como por ejem-



Un brazalete de conchas (cipreas) (Museo etnográfico, Berlín)

plo en el abdomen y en las articulaciones, demuéstrase la falta de elasticidad de la misma por la formación de múltiples arrugas. En cuanto al color, los bosquimanos lo tienen más claro que los demás etíopes: algunos de ellos son más oscuros; otros más claros que los hotentotes. El tono fundamental es el rojizo tirando al rojo de cobre (N.º 7 de la tabla de colores de Fritsch), y aparece siempre el mismo allí donde no ha habido mezcla alguna. Entre los bosquimanos no encontramos la transpiración epidérmica de los negros propiamente dichos. El escaso desarrollo del pelo corresponde á la poca energía de la piel. Su cabello es parecido al de los hotentotes, pero en menor cantidad: los pocos cabellos están estrechamente arrollados, y forman pequeños nudos afieltrados y parecidos á granos de pimienta, que, sin embargo, no son producidos por una difusión desigual y proporcionada de las raíces capilares. El cabello se encanece en la vejez, pero rara vez encontramos en ese pueblo la calvicie. El cuerpo está desprovisto de vello, y en las partes del mismo que comunmente tienen pelos, crecen éstos rígidos y en poca cantidad: en la cara algunas veces apunta el bigote, pero nunca las patillas.

El vientre colgante, que los colonos del Cabo denominan «Armoed-Penz», constituye una particularidad en el torso de los individuos jóvenes, y cuando desaparece su forma primitiva, quedan huellas del mismo en la prominencia del abdomen y en el desarrollo de su bajo tórax. El contorno, anguloso en todas partes, y más apretado y hundido que convexo, gracias á la flaqueza del cuerpo, forma un contraste notable con esta hinchazón colgante que afea la región sacra. De ello, en cambio, deriva la ventaja de una gran movilidad de las vértebras sacras, que produce la ap-

titud, tan estimada en la vida salvaje, para encogerse hasta ocupar el menor espacio posible. Los miembros flacos, cuyas cuerdas musculares vemos á menudo abultadas en las momias debajo de una piel suave, aumentan en fealdad por lo saliente de las articulaciones. Un sentimiento de equidad nos impulsa á hacer constar el entusiasmo con que el optimista Lavaillant habla de los brazos de los bosquimanos y sobre todo de las bosquimanas. Este famoso viajero encontró también entre las hotentotas algunos ejemplares bellos. Las manos y los pies de los bosquimanos, con ser bastante anchos, son proporcionalmente más pequeños que los de los hotentotes: los talones no salen hacia afuera: el dedo pulgar es excesivamente corto. En las mujeres, las partes adiposas de la región anal se parecen mucho á las de las hotentotas, pero son más pequeñas, proporcionadas á su menor tendencia á la obesidad. Flower las ha visto en una muchacha bosquimana de diez años. La conformación especial de los órganos genitales exteriores, que se conoce con el nombre de «delantal hotentote», es un fenómeno constante. Con las escasas diferencias que á los sexos distinguen, coincide el hecho de que el desarrollo del pecho en las mujeres viejas es sumamente pequeño, mientras que en los hombres aumenta hasta tener las proporciones necesarias para la succión. Las caderas apenas se diferencian en ambos sexos, y únicamente el mayor tamaño del bacinete es un signo infaliblemente característico de las mujeres.

El rostro, por su ancha frente, por la poca protuberancia del arco cigomático y por la extensión lateral de la mandíbula inferior, puede ser comparado con un ángulo recto, de suerte que se aparta mucho de la forma del rostro de los hotentotes. Los ojos están colocados horizontalmente, y á menudo también algo oblicuamente: su mirada feroz y salvaje y el brillo inquieto de la misma han sido citados como rasgo característico de la expresión de la fisonomía de los bosquimanos. En cuanto á ésta, puede ser apreciada de diferentes maneras; así, por ejemplo, Desmoulins cree decir algo favorable cuando afirma que los bosquimanos serían los más repugnantes de todos los hombres, si no fuera «por su fisonomía viva y espiritual.» La nariz de los bosquimanos es achatada en su raíz, arqueada en el dorso y arregada en su punta como la de los hotentotes: su boca es ancha, sus labios algo salientes y sus dientes de regular tamaño y bien colocados. Toda la región de la mandíbula se inclina hacia adelante, de suerte que muchas veces la parte inferior del rostro tiene la forma de hocico, más marcada todavía por la redondez de su barba. Grandes y apartadas orejas, en las cuales apenas está indicado el lóbulo, contribuyen á aumentar la expresión animal del rostro, producida en primer término por un pronunciado prognatismo (prolongación saliente de la mandíbula inferior).

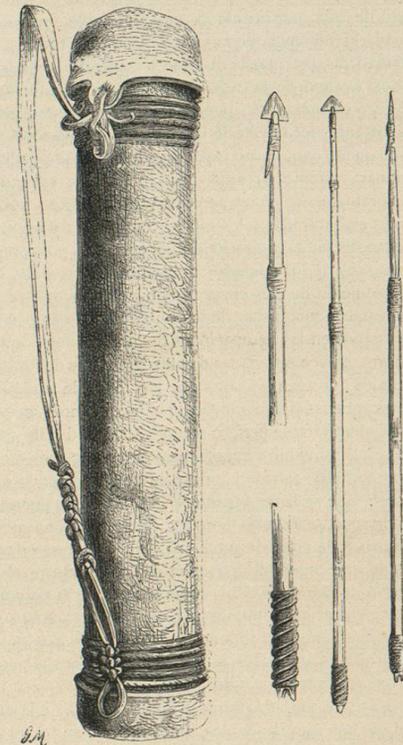
El cráneo del bosquimán es largo y aplastado como el de los hotentotes: G. Fritsch da como índice de la anchura del mismo 73'9 centímetros y como índice de su altura 70'2: tiene de común con el de los hotentotes algunas particularidades tales como la anchura de la frente, la escasa prominencia de los *tubera parietalia*, la protuberancia del ángulo maxilar posterior, el escaso desarrollo de la barba y la prognatia pronunciada. De otras notables cualidades del esqueleto, son dignas de mencionarse la poca diferencia que existe entre la pelvis del hombre y la de la mujer, diferencia que escapa por completo á los que sólo observan superficialmente, y la estructura generalmente compacta de todas las partes del esqueleto que aparece más marcada en las extremidades. ¿Estará en relación con esta tenue estructura de los huesos, que encontramos también en el cráneo,

el hecho de que los bosquimanos se vean con frecuencia atacados de insolaciones, como se dice que sucede en las salinas pantanosas del Este del lago Ngami?

Las aptitudes corporales de los bosquimanos hemos de buscarlas, según se desprende de lo que llevamos descrito, más en el sentido de la perseverancia que en las manifestaciones de fuerza momentáneas y de acción concentradora. A consecuencia de su estructura ligera y nerviosa, son distinguidos corredores, y no sólo recorren grandes distancias, sino que lo hacen con gran velocidad. Sparrmann refiere que vió en Langekluf un bosquimán tan flaco, que hubo de compadecer al infeliz á quien la fiebre había de tal manera postrado; pero cuando le vió correr «con la ligereza del pájaro,» convenciónse de que aquello no era consecuencia de una enfermedad, sino que constituía un estado natural. Por lo demás, confirma este viajero al propio tiempo, la aptitud de los bosquimanos para engordar rápidamente. Estas gentes cazan con buenos resultados algunas fieras persiguiéndolas y llegando á cansarlas. El vigor de sus sentidos, con tanta frecuencia encomiado, hemos de considerarlo principalmente como resultado del ejercicio cinegético. La potencia de sus ojos ha llamado muchas veces la atención; y además de ella, poseen estos pueblos un instinto maravilloso para seguir un rastro. Conforme á su modo de vida, pueden estos pueblos resistir el hambre y la sed y reponerse rápidamente de los efectos de una y otra, sin lo cual no se comprendería una existencia tan «accidental» como la de los bosquimanos.

Es difícil determinar las dotes intelectuales y sentimentales de un pueblo como éste, salvaje en el verdadero sentido de la palabra, pues su género de vida es poco á propósito para mostrar cualidades de espíritu y de sentimiento y mucho menos para desenvolverlas. Es preciso hacer constar esta dificultad porque hemos de encontrarla en mayor ó menor grado en todos los pueblos naturales, y forzosamente hay que tenerla en cuenta para no incurrir en las vacilaciones que respecto de ella notamos en algunos observadores. Burchell, en un viaje de Gariép á Kearwater, encontró una horda de bosquimanos acerca de cuya completa falta de inteligencia dice las cosas más aventuradas. Pero del fundamento y de la profundidad de sus observaciones podemos juzgar por la circunstancia de haber dirigido á aquellos niños de tan primitivo estado preguntas como la siguiente: ¿qué diferencia hay entre las buenas y las malas acciones? pregunta á que muchos hombres civilizados no podrían contestar. Casi todas las dotes espirituales de estos pueblos se reducen al entretenimiento y á los placeres de la vida, quedando poco espacio para discurrir sobre las cosas que no están con aquéllos íntimamente relacionadas. Por esto nos vemos obligados á deducir las dotes espirituales por el grado de habilidad con que se ejercen las industrias más necesarias de la vida, y por lo mismo en este caso la caza. Además de esto, pueden citarse algunas ideas incompletas acerca de las cosas sobrenaturales y algunas tradiciones casi borradas y en extremo confusas. He aquí los únicos productos de la vida intelectual. Hay que ser muy prudente para no hablar, tratándose de tales pueblos, de pobreza de espíritu, de embrutecimiento, etc., completos, pues el género de vida de los bosquimanos argumentará siempre para suavizar cualquier juicio que acerca de su vida espiritual se emita. Y esto aparece en grado superior cuando se trata de aquellas manifestaciones anímicas que constituyen el carácter de un pueblo. En el caso presente, ¿qué deberá ser considerado como producto de circunstancias exteriores, y por ende suavizar el juicio que se forme, y qué considerarse como innato? Por de pronto no puede esperarse otra cosa

que incalculables y por decirlo así incoherentes manifestaciones del carácter. G. Fritsch resume todo su juicio crítico sobre los bosquimanos en las siguientes palabras: «El bosquimán es el hijo infortunado del momento,» con lo cual quiere significar que la inconstancia, en tan funestas proporciones propia de la raza afín de los hotentotes, sube de punto en los bosquimanos, llegando á ser una peligrosa imprudencia. Cuando el bosquimán ha de tomar una resolución ó se halla envuelto de un hecho cualquiera, sólo parece tomar consejo de su impulso del momento, sin dejarse dirigir



Un carcax de corteza de álce y cuero. Flechas (Museo etnográfico, Berlín).

por otra consideración y sin pensar ni un instante en las consecuencias. Esto explica todas las contradicciones que han originado tan distintos juicios acerca del carácter de los bosquimanos y sobre todo las maldades que han hecho de este pueblo, á los ojos de los blancos y de los hombres de color, el más odiado entre todos los indígenas sud-africanos. La historia que refiere Dumont d'Urville, como presenciada por él, de que en el año 1804 un cafre, llegado á la ciudad del Cabo, mató como instintivamente á un joven bosquimán á quien al primer golpe de vista reconoció entre la servidumbre del gobernador, no parece inverosímil. La frase de Fritsch puede, sin embargo, aplicarse á todos los pueblos naturales, pues la falta de cohesión interna en el pensamiento y en las acciones, y la falta de consecuencia, constituyen el rasgo fundamental que en todos ellos informa su modo de ser y de obrar. Esto no obstante, la falta de consecuencia la encontramos más marcada entre los bosquimanos que en ningún otro pueblo, por lo mismo que su manera de vivir es la más accidental, la que más depende de las impresiones de momento, y por ende la más imposible de obedecer á